

UN CORAZON EN EL DESGUACE

Mientras caminaban hacia la salida de aquel lugar, volviéndose de vez en cuando con gestos de despedida, recordé la conversación que ambos, abuelo y nieto, mantuvieron una vez en el interior de mi habitáculo, haciendo que desde entonces sintiera conciencia del mismo:

- Juan, escucha – dijo el abuelo mientras conducía – nuestro coche es como un ser vivo, pues tiene todos los atributos para serlo.
- ¿Cómo es posible, abuelo?
- Te lo explico. Las patas son las ruedas; los retrovisores laterales son las orejas; el capó delantero, junto con el parabrisas, es la cara; los faros son los ojos y entre éstos está el radiador, que hace de boca y respiradero al mismo tiempo; por detrás tiene la espalda o capó trasero y debajo están las tripas que terminan en el tubo de escape por donde salen los gases.
- Pero no tiene alma, ni come, ni bebe – interrumpió el nieto, mirando a su abuelo con interés.
- ¿Cómo que no? Su alma es la batería; el motor su corazón y en cuanto a su bebida es la gasolina; respecto a la comida es insaciable cuando está en movimiento. Como ves – dijo el abuelo, señalando el paisaje – se traga todo por delante: árboles, casas, montes, nubes, haciéndolo desaparecer por detrás y convirtiendo los kilómetros y la gasolina en humo que sale por el tubo de escape.
- ¿Y sus sentimientos? – Replicó el nieto no muy convencido.
- ¿Los sentimientos? – Dijo el abuelo golpeando el volante, como enfadado. Los sentimientos se los contagio yo y los compartimos. Tu también puedes hacerlo. Te esperamos, colega – y le dio la mano en señal de bienvenida.

Cuando el abuelo terminó de presentarme a su nieto me sentí como nacido a una nueva vida y se lo agradecí de corazón, disminuyendo la velocidad por propia iniciativa, pues en aquel momento venía una curva muy cerrada y el abuelo, parece ser que con el fervor de la explicación, no se había dado cuenta del peligro. Pasado el susto, seguí pensando que tanto él como yo, después de muchos años de hacer juntos numerosos viajes, nos sentíamos identificados. Éramos como hermanos. Aunque si bien es verdad que ahora me ha dejado en el desguace, no se lo reprocho, pues últimamente había tenido frecuentes averías. Incluso el mismo nieto se lo decía.

- Abuelo, este coche es muy viejo. Va siendo hora de que compres otro.

- Mira, Juan – contestó el abuelo como contrariado – este coche y yo somos una misma persona. Nos entendemos perfectamente y no sabría acostumbrarme a otro nuevo, pues los modernos son muy complicados con tantas novedades técnicas. Además, para hacerlo – añadió, mirando a su nieto de soslayo – tendría que ahorrar y no puedo por culpa de los caprichos que se te antojan, los cromos, las chuches, las peonzas, juguetes... una ruina. Así que ya sabes, o coche nuevo o caprichos.
- ¡Ah, no! – se apresuró a decir Juan, alarmado – no compres otro pues a éste le tengo cariño y tu eres el abuelo caramelo.
- Gracias, Juan, por mi parte y por la del coche también – respondió el aludido, haciéndole un guiño de complicidad.

Tranquilizado entonces ante el favorable final de la polémica, no dejaba de recordar las veces que el nieto, que era un niño muy travieso, llevado por su afán de curiosear mis artilugios, había roto algunos de ellos, con el consiguiente enfado del abuelo a quien parecía dolerle más que a mí. En cambio ahora Juan se ha llevado un retrovisor como recuerdo y no me ha molestado; por el contrario, se lo agradezco y espero que le sirva de amuleto y le dé buena suerte en su vida. Gracias a él será lo único de mi presente existencia que no desaparezca en el desguace, en donde me irán quitando piezas hasta terminar hecho un taco de chatarra, prensado por una máquina y preparado para el reciclaje. Realmente tal circunstancia no me importa mientras no se lleven la batería, que es lo que me permite seguir recordando el pasado. Entre esos recuerdos tuve conocimiento cierva vez mediante una conversación entre ambos, que Juan era su único nieto, hijo de padres divorciados, cosa que al abuelo no le hacía mucha gracia y, como consecuencia de tal situación, no se encontraba a gusto en ninguna de sus casas; quizá por dicha razón la mejor manera de estar con Juan era ofrecerse para llevarle y traerle del colegio, hacer excursiones por el campo o cualquier otra excusa posible. De esta forma, según decía el abuelo, yo era como su hogar y el refugio de una familia pequeña pero feliz.

La verdad es que lo pasábamos en grande. Ellos como actores, siendo yo a la vez espectador y escenario. Una de las diversiones que se traían entre manos cuando viajaban era la de apostar cada uno por una cifra cualquiera de las matrículas de los coches que se cruzaban con nosotros, comprobando cual salía con más frecuencia y quien lograra mayor cantidad de veces ganaba la apuesta. Igualmente hacían juego de palabras o frases espontáneas con las letras de dichas matrículas, saliendo disparates sin sentido que provocaban sus risas. También, desde que se estropeó la radio, abuelo y nieto cogieron la costumbre de entonar canciones y contar chistes e incluso Juan hacía de GPS, imitando la voz aflautada del mismo. Terminaban riendo a carcajadas o gritando como locos, mientras el paisaje desfilaba veloz al otro lado de las ventanillas, huyendo asombrado de aquel coche en cuyo interior iban dos personas felices en su isla rodante, como si

fuera una alfombra mágica volando por encima de todos sus pesares. Yo también era feliz en tales momentos y, al mismo tiempo que me sentía humano, tenía envidia de no poder cantar o reír como ellos, aunque el sonido acelerado de mi corazón procurase imitarlos.

Los peores días de mi existencia fueron cuando a Juan se le antojaba pedir a su abuelo que le enseñara a conducir y como era su único nieto nunca le negaba nada, así que me resignaba a hacer de víctima. Les quería lo suficiente para asumirlo, pero cuando llegaba el fatídico momento no sabía cual era peor, si la paliza que me daba el nieto con los violentos cambios de marcha, los acelerones o frenazos o el miedo que pasaba al ver que las cosas del entorno se me echaban encima de un lado al otro, una y otra vez. Fue un milagro que en tales ocasiones saliéramos sin novedad. Todavía me entran escalofríos cuando lo recuerdo, incluso más que ahora cada vez que se acercan en el desguace con las herramientas.

Han pasado ya varios días y hoy me han quitado las ruedas. Creo que es lo primero que hacen. A lo mejor es para evitar que salgamos huyendo. De todas formas, tal vez porque soy un coche muy viejo, me molestan menos que a los más modernos hacia los cuales se lanzan como fieras hambrientas. Rehuyendo nuevamente esta situación actual por la que estoy pasando, me acuerdo de cuando abuelo y nieto tenían la costumbre de ir a lugares adecuados para remedar circunstancias o personajes de cuento o aventuras infantiles. Entonces, el día señalado para hacerlo, el abuelo decía poniéndome en marcha:

- Juan, ¿Dónde quieres que vayamos hoy, a la cueva de Alí-Babá para buscar minerales, al bosque de la bruja a coger piñas o al castillo del ogro a ver si lo encontramos?

Así se manifestaba el abuelo porque cualquier itinerario proclive al misterio, alguna casa en ruinas o lugar desconocido, lo utilizaba como fantasía para que su nieto disfrutara imaginando vivir dichos cuentos hechos realidad, haciendo de protagonista. Juan escogía la propuesta preferida, aunque a veces nos quedábamos sorprendidos cuando decía:

- Abuelo, hoy lo que quiero es buscar bichos raros, pues me gustaría hacer una colección de ellos.
- Hombre, me alegra oír lo que dices, porque esa colección va a ser más formativa que las de los cromos.

Así que en aquellas ocasiones tocaba aburrirme en mitad del campo, mientras ellos buscaban bichos debajo de las piedras o entre los matorrales. Esto era preferible a que me cargasen la parte de atrás con piedras o piñas, siempre y cuando en estas circunstancias no se les escapara algún bicho de las manos y se

metiera entre mis engranajes. No sería agradable que se quedara aplastado con ellos.

Estaba distraído con tales vivencias del pasado, cuando traen un coche nuevo completamente destrozado. Lo han puesto a mi lado. Por lo visto había sufrido un grave accidente. Se me ocurre pensar que quizá sea el coche que se iba a comprar el abuelo. Según los operarios del desguace fue el primer día de estrenarlo y los dos pasajeros que estaban dentro habían fallecido. Me quedo con la duda de si serían ellos. Tal incertidumbre se hace lo peor de estos momentos, pero no tengo mucho tiempo para pensarlo, pues antes de irse se acercan y empiezan a trastear en mis entrañas. Presiento que es el final, aunque me voy con la esperanza de que en el próximo reciclaje tenga la suerte de encontrar otra familia como la anterior y así revivir aquellos tiempos tan entrañables. ¿Qué habrá sido del abuelo y su nieto? Espero que se acuerden de mi, como yo de ellos... les deseo lo mejor...

Estaba sumido en estos pensamientos cuando, sorprendentemente y durante unos instantes, creí que tanto ellos como yo nos encontrábamos en el otro mundo, pues oía la voz de Juan diciendo:

- Gracias abuelo, por hacerme caso. Nuestro coche bien arreglado quedará como nuevo. No se merece estar aquí.
- Tienes razón, además para mí será más seguro conducirlo que no uno de estos modernos – contestó el abuelo, mirando con recelo el coche nuevo destrozado a mi lado.

No pude seguir oyendo tan gratificante conversación pues me sentí elevado por una grúa, colocado sobre un remolque y llevado al taller del desguace. Al cabo de cierto tiempo salí de allí nuevo y reluciente conducido por el abuelo. No podía creermelo lo que estaba sucediendo. Me sentía feliz al estar otra vez con mis amigos y volver a rodar por las carreteras, cruzando paisajes de horizonte en horizonte, disfrutando la variedad de contrastes ofrecida por la libertad recuperada y junto a la mejor compañía.

En cuanto al retrovisor que se había llevado el nieto como recuerdo, al ponerme otro nuevo, ahora nos sirve de amuleto a los tres. Sospecho que gracias a él seguimos unidos y por mucho tiempo.

-----O-----

Juan Francisco Aceña Caballero